

OCCIDENTE

Servando y la vaca «Pinta» tendrán un sitio donde pasar el invierno. Aunque existía desde hace tiempo un interés por parte de la asociación de vecinos de Anleo por solucionar el problema, un reciente reportaje publicado por LA NUEVA ESPAÑA, en el

que se recogían las inhumanas condiciones de vida de Servando, ha venido a sensibilizar los ánimos y ha supuesto que el propio Ayuntamiento de Navia asumiese la responsabilidad de construir una modesta vivienda en la que Servando pueda tener un teja-

do, una cama, una cocina y un baño. El hombre de Anleo también podrá ver cumplida otra de sus apetencias: disponer de un aparato de radio para escuchar música y noticias. Más de un vecino de la zona le ha ofrecido ya a Servando un transistor.

Un techo para Servando y la «Pinta»

El Ayuntamiento de Navia construirá próximamente una casa para el curioso personaje de Anleo y su inseparable vaca, al que algunos vecinos también le han regalado varios transistores de radio

Navia, Jorge JARDON

En la mañana de ayer, un camión municipal descargaba los primeros materiales y maquinaria para iniciar la construcción de la casa de Servando, el curioso personaje de Anleo (Navia) que recorre los caminos con su inseparable vaca, la «Pinta», y del que ya se ocupó este periódico en un reportaje.

Servando y la «Pinta» tendrán en un mes nuevo techo. Otro de sus grandes deseos —mucho más modesto—, tener un transistor, también le quedó satisfecho por partida múltiple, puesto que fueron varios los aparatos que se le hicieron llegar y que son para él la mejor ayuda y compañía.

Servando, un personaje tan singular como extraño, es casi una pieza de museo que conviene cuidar, porque de su estilo ya quedan pocos en el mundo. Vive pegado a los dos centros más industriales del occidente asturiano, Reny Picot y Ceasa, y habita en los restos de lo que fue una modestísima casa. La casa es algo más que una ruina, sin techo, sin ventanas, sin puertas y con boquetes enormes, mayores que los huecos de las ventanas.

Eso explica que se haya tenido que refugiarse en lo que fue la cuadra de su inseparable «Pinta». Sacó de allí a la escualida vaca y pasó él a ocupar su lugar. Ahora la vaca no tiene más techo que las estrellas, y aunque Servando asegura que no se queja de frío, lo cierto es que el resignado animal duerme siempre a la intemperie y sin más comodidad para recostarse que unas piedras y un charco de excrementos.

Del mismo caldero

Visitar el reino en el que vive Servando es un privilegio que pocos pueden alcanzar. Su refugio está escondido del camino, pero una barra de pan metida en un saco que cuelga del muro de la pista vecinal anuncia al visitante que por allí cerca está el sitio. Cáritas le costea a Servando un kilo de pan todos los días, que queda depositado en un saco hasta que él retorna de su paseo con la vaca. Una vez en los alrededores de la casa, las muestras de dejadez se hacen evidentes.

Por entre las malezas y los desperdicios y la cochambre, seis calderos y una palangana con agua verdosa y de muchos días llama la atención. «Voy a buscarla al río cuando cuadra», explica Servando, «y la tengo aquí para beber. Del caldero la paso para la palangana, porque bebemos los dos de ella y nos resulta más cómodo, tanto a «Pinta» como a mí, hacerlo por ese cacharro».

La entrada está jalonada a lado y lado por miles de cuerdas y por los únicos utensilios con



A la izquierda, Servando junto a su vaca «Pinta». Sobre estas líneas, el saco con la barra de pan que cada día le deja Cáritas al borde del camino.



El interior de la vivienda semiderruida en la que se cobija Servando está lleno de plásticos y cuerdas.

que cuenta Servando en su casa y que cuelgan en el exterior, una espumadera para la leche, una «tisella» (sartén), también para cuajar la leche, y un cucharón. Y es que sólo de leche y pan se alimenta Servando. «Pinta», que no recibe más ración que lo que padece por las cunetas, da tres litros de leche al día. Uno para Servando y dos para la fábrica. Con esa producción no puede sorprender

lo que decía Servando ayer, «este mes no cobré de leche más que 1.400 pesetas».

Entrar en casa de Servando es como penetrar en el «museo de las cuerdas y las colgaduras». Todo allí dentro son cuerdas, miles y miles de cuerdas, que cuelgan de todas partes, y miles y miles de plásticos, papeles y latas, que también cuelgan de todas las esquinas sin explicación aparen-

te. Asomando la cabeza por un montón de colgajos, en una esquina del suelo, Servando muestra el nido en el que duerme. «Coloqué unos «casqueiros» sobre la roca para tener menos frío y eché encima unos trapos para descansar mejor», explica sin el más mínimo rubor. Lo malo de todo son los ratones, que «grillan y amárranse que es un milagro. Son grandes como «xatos» y más

astutos que las putas, ya que me lo comen todo menos el veneno que les pongo».

Las latas se cuentan por centenares. Están todos herrumbrosos y recubiertos en las aberturas de telas de araña. Están agujereadas y colgadas también de cordones. Cuando uno pregunta que para qué quiere aquello, la respuesta no se hace esperar. «E verda, meu neno», expresión que repite a cada paso, «pero en todas teño algo. En esa que ta tocando usted, teño las asperinas para cuando me duele la cabeza».

No tiene agua ni luz en la casa y nunca ha comprado una prenda de vestir. Lleva unos vaqueros viejos, «que son más exquisitos que los otros que tengo de mahón» y todo lo demás son envoltorios de plásticos amarrados con otro montón de sus peculiares cuerdas de color rojizo.

La vaca hace juego con su dueño y también luce cuerdas por todas partes, formando una estampa única en estos tiempos. Entre tanta miseria, destaca el reloj que lleva en la muñeca, lo único que reviste cierta calidad en tan curioso personaje. «Me valió 5.900 pesetas hace tres años y todavía conserva la misma pila».

Le pregunto a Servando: «¿Tiene usted cuota láctea?». «No», responde él muy seguro. «Tengo un tanque que me dio la fábrica». Y pensar luego que el futuro de Servando lo determinan economistas y políticos en un despacho de Bruselas...